

Patrimonio e Identidad Vitivinícola: Reflexiones sobre la evolución de los significados culturales del vino en Chile*

Heritage and Wine Identity: Reflections on the evolution of the cultural meanings of wine in Chile.

Gonzalo Rojas Aguilera¹

Resumen

En el presente texto se sostiene la idea de una marcada influencia de la vitivinicultura en el desarrollo histórico del patrimonio e identidad cultural, importancia que no sólo le cabe estrictamente en el campo agrícola o bien en torno a las características del mundo rural, sino que habría trascendido hacia otras esferas que componen el sistema social. Asimismo, las apreciaciones generales que se tienen del vino lo vinculan con actividades como la gastronomía, la hotelería y el enoturismo, toda vez que vemos cómo la evolución de la vitivinicultura chilena ha ido diversificando sus campos de significación e incorporado nuevos elementos simbólicos a la cultura del vino.

Palabras Clave: Identidad, patrimonio, vino, vitivinicultura.

Abstract

In this text, the idea of a strong influence of winemaking in the historical development of heritage and cultural identity it's considered important, because it's not only strictly in good agricultural and countryside around the characteristics of the rural world is sustained, but would have transcended into other areas that make up the social system. In this context, there exist a link to other wine activities such as gastronomy, hospitality and enotourism, since we see how the evolution of the Chilean wine industry has diversified its meaning and symbolic elements incorporated to the new culture wine.

Keywords: Identity, heritage, wine, winemaking.

*Estudio correspondiente al proyecto “Bienes Públicos para la Competitividad” de CORFO. Proyecto “Modelo de administración, gestión y comercialización del Enoturismo Chileno” Código: 13BPC3–19086” 2013-2014.

¹Chileno, Licenciado en Historia, especializado en Historia Económica (UCH), con estudios de Diplomatura en Economía y Desarrollo Humano (PUC) y de Magíster en Estrategia Internacional y Política Comercial, Universidad de Chile. Investigador sobre temas de historia, economía y vitivinicultura. Académico de la Facultad de Economía, Universidad de Chile. Correo electrónico: grojasa@fen.uchile.cl

Introducción

Durante décadas recientes, ha sido de gran interés para los académicos -de las ciencias sociales, en general y de la historiografía, en particular- el estudio sobre el concepto de identidad cultural, aquello que consuetudinariamente suele ser ilustrado como el conjunto tradicional de valores, conductas, creencias y símbolos al interior de un sistema social que actúa como argamasa entre los individuos que le componen. De este modo, es identificada por sus componentes como el sustrato que origina el sentido de pertenencia mutua y cohesión entre entidades complementarias, suplementarias o inclusive antagónicas, pero que comparten esencialmente los mismos códigos culturales, tales como normas, rituales o ciertos elementos patrimoniales.

Dentro de este marco, lo que se entiende a su vez por patrimonio cultural es aquel conjunto de bienes, materiales o inmateriales², que han sido heredados por una nación determinada, en conjunto con aquellos que van siendo erigidos y que serán adquiridos por las futuras generaciones, donde es el conjunto social en su amplia mayoría la que reconoce en dicho patrimonio una excepcional relevancia estética, simbólica e histórica.

En estos términos conceptuales generales, resulta oportuno reflexionar sobre las relaciones entre el desarrollo histórico de la vitivinicultura y la construcción de la identidad y patrimonio nacional de Chile, en tanto que país productor de vinos.



Imagen n° 1: Cava Subterránea de finales del siglo XIX.
Fuente: Gentileza de Viña Santa Rita.



Imagen n° 2: Sala de barricas, siglo XIX.
Fuente: Gentileza de Viña Cousiño-Macul

² Cabe señalar que el “Patrimonio Cultural” suele ser dividido en dos tipos: material e inmaterial (o intangible). Respecto del primero, corresponde a la expresión de las culturas a través de realizaciones tangibles, tales como monumentos, sitios arqueológicos, zonas típicas, edificaciones y portentos de la ingeniería, etc. Con relación al segundo, cabe señalar a aquellas manifestaciones espirituales de una cultura determinada, como el arte, la música, la poesía y todo aquello que vive en el mito, el rito y la oralidad. N. del A.

Contexto histórico de la vitivinicultura chilena.



Imagen n° 3: La cultura del vino en Chile
Fuente: La Cultura del vino en Chile. Santiago: Museo Histórico Nacional; Viñas de Chile, 2003. 14 p.

En el contexto de la vitivinicultura y la historia del vino en Chile, cabe señalar que estamos en presencia de un fenómeno de muy larga data, que se remonta hasta la llegada de los primeros conquistadores españoles, época en que fueron introducidas las primeras parras viníferas en torno a las décadas de 1540 y 1550. El vino estuvo presente como elemento necesario para la liturgia, así como también en virtud de su valoración cultural por parte de los hispánicos.

Durante estas primeras décadas del asentamiento hispánico, crecían en los solares de la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo y sus chacras aledañas los parronales y se producía vino para el consumo doméstico. Con el tiempo, esta práctica se extendió por el

territorio incorporado por el Imperio Español, desde Huasco hasta Concepción – vale decir, lo que comúnmente se conoce como el “Valle Central de Chile”, y hacia 1594, los registros eclesiásticos indican que se producían en el país alrededor de cien mil arrobas anuales, equivalentes a mil seiscientos millones de litros de vino (Del Pozo, 1998).

Ahora bien, respecto a cómo esta condición de región productora de vinos ha afectado la identidad chilena, es preciso considerar una serie de aspectos relacionados con el proceso de formación de la nacionalidad.

En términos generales, la identidad chilena se ha conformado al compás de los grandes períodos de su historia: el descubrimiento y conquista del territorio, la posterior colonización de lo que suele denominarse el “Valle Central”; la revolución de independencia con el consiguiente inicio de la era republicana, marcada por la expansión económica y territorial durante el siglo XIX; y, finalmente, por la construcción institucional democrática iniciada durante el siglo XX, proceso aún en pleno desarrollo. De modo que, en atención a estas consideraciones, cabe preguntarse: ¿Qué importancia ha tenido el vino en esta construcción identitaria?

En numerosos estudios académicos publicados en años recientes, se ha visto reforzada la idea de una marcada influencia de la vitivinicultura en el desarrollo histórico del patrimonio e identidad cultural, importancia que no sólo le cabría estrictamente en el campo agrícola o bien en torno a las características del mundo rural, sino que habría trascendido hacia otras esferas que componen el sistema social.



Imagen n° 4: “Recolectora de uvas”, hacia 1950.
Fuente: La Cultura del vino en Chile. Santiago: Museo Histórico Nacional; 2003. 14 p. Viñas de Chile, 2003.

Durante el transcurso de los siglos coloniales, el cultivo de la vid dio forma a una nación identificada con el Valle Central, relación que gracias a esta actividad, más que otras, fue paulatinamente tomando arraigo en su geografía, así como también actuó como el principal elemento modelador del paisaje cultural.

Adicionalmente, cabe destacar que a través de la producción sistemática de vinos, se puede observar un sentimiento nacional incipiente, vinculado a una conciencia de autodeterminación frente, en este caso, a las sistemáticas prohibiciones de cultivar nuevos viñedos fuera de España.³

³ En este sentido es preciso señalar que, aun cuando la producción vitivinícola fue destinada preferentemente al consumo interno, parte de ella se exportó a los países vecinos. En 1595, la corona española, como una forma de proteger el comercio de vinos peninsulares, dictó una orden real prohibiendo la exportación de vinos chilenos a Nueva España y Nueva Granada. Esta Real Ordenanza fue ratificada en los años de 1620, 1640, 1661 y 1794. Pese a esta política, para mediados del siglo XVIII, Chile se había convertido en el primer productor de vinos de la América hispana, desplazando a Perú y a México. N. del A.

Dadas las características inherentes que implica el cultivo de la vid, ampliamente reconocidas tanto por su significación histórica como formativa, puede sostenerse que la existencia de esta actividad en Chile fue forjando paulatinamente un conocimiento del trabajo metódico, una cercanía entre el hombre, la tierra y los ciclos de la naturaleza, que con el transcurso de las décadas coloniales fue haciendo importantes aportes a la construcción de la identidad de la nación.

En este sentido, hacia finales del período colonial, el desarrollo de la vitivinicultura había marcado notables diferencias entre la sociedad chilena y el resto de las sociedades hispanoamericanas, principalmente en torno a la temprana aparición del pequeño propietario libre. Un sujeto histórico que marcaba una cierta diferencia local respecto del extendido sistema de privilegios nobiliarios propio del mundo español, en que el mecanismo de las mercedes de tierras, por servicios prestados a la corona, resultó ser el principal modo de conformación de una sociedad oligárquica altamente estratificada y jerarquizada, que encontró su mayor esplendor en aquellas colonias donde se desarrolló una agricultura altamente extensiva, como es el caso de productos como el algodón, el café y el azúcar, entre otros (Góngora, 1972: 15-16; Mellafe, 2004).

En cambio, la explotación intensiva de los campos frutales en general, y vitícolas en particular, marcó una ruptura con este sistema, presentando una alternativa a la falta de tierras fuera de la propiedad aristocrática, en un país montañoso y mayoritariamente agreste, con muy poco suelo disponible para el labrado.

El vino generó, en el transcurso del siglo XVIII, una incipiente industria local que promovía el emprendimiento comercial de artesanos, tales como herreros, vidrieros, carpinteros, pulperos y toneleros, más diversos oficios que en el rubro vitivinícola podían ir desde el podador hasta el viticultor especializado, sin obviar la importantísima figuración que cupo a los arrieros de los Andes en el transporte de dichas mercancías. Como

han señalado algunos autores (Del Pozo, 1998; Lacoste, 2007) en años recientes, esto constituiría un antecedente de lo que hoy se conoce como “Cluster industrial” que, aún a muy reducida escala, fue igualmente relevante para la construcción de una sociedad cuyo orden y calidad institucional fueron sellos distintivos desde los albores de la vida independiente.



Imagen n° 5: “La Cosecha de la vid”. Fuente: Revista *En Viaje* (1945: 46)

El trabajo silencioso (Lacoste, 2007) y pocas veces documentado de los viticultores, tuvo importantes repercusiones en la difusión de mayores costumbres higiénicas entre la población, como asimismo, la dinámica de una agricultura intensiva, a diferencia de las grandes faenas extensivas, posibilitó liberación de mano de obra durante buena parte del año. De esta manera, se fueron diversificando las instancias culturales al interior del mundo hacendal y campesino, exhibiendo la emergencia de un sujeto histórico que yace íntimamente ligado a la construcción del patrimonio vitivinícola chileno, herencia que va desde monumentales construcciones y grandes obras públicas, hasta poemas y leyendas anónimos que aún hoy sobreviven en los campos y aldeas de los valles tradicionales.

La belleza estética del viñedo colonial es otro elemento importantísimo a considerar, pues dio una impronta de austera elegancia al paisaje chileno, mientras que contribuyó a forjar un carácter manso a hombres y mujeres en un ámbito marcado por el sosiego. Un retrato en que el parronal aparece como un ambiente familiar y festivo en el umbral entre lo privado y lo público, donde se dan lugar los más variados episodios, desde celebraciones religiosas hasta conversaciones de negocios.

En este sentido, la imagen de la viña es el símbolo de la prosperidad agrícola por antonomasia. Asociado desde los primeros tiempos coloniales a una efigie señorial, en la viña y el viñedo vemos un conjunto de elementos simbólicos propios de un mundo de significación muy poderosa que ha transitado, por etapas, toda nuestra historia como nación, tanto como un componente característico del prestigio aristocrático, como también un propósito muy difundido entre los medianos propietarios del Valle Central como símbolo de mayor estatus.

En términos generales, la vitivinicultura, considerada como *constructo cultural* ha demostrado ser capaz de promover no sólo modelos de desarrollo más industrializados, sino “socialmente más equitativos y políticamente más estables” (Lacoste, 2007: P. 5).⁴

La interacción entre naturaleza y cultura ha adquirido, a través de esta añosa actividad, formas más diversas y complejas que la dicotomía muchas veces expuesta entre una

⁴ En este ámbito, Lacoste ha señalado, asimismo, que: “En oposición a modelos históricos latifundistas, oligárquicos y poco inclinados hacia la agroindustria, la incorporación de tecnología y la reinversión de la renta, las viñas, en cambio, son plenamente compatibles con la pequeña propiedad, con el trabajo intensivo, la industrialización, la inversión de capital y tecnología. Además, generan una serie de actividades secundarias fuertemente dinámicas, como la industria del corcho, la fabricación de botellas, el diseño e impresión de etiquetas y muchas más” (2007, P. 5)

sociedad de hacendados, por una parte, y peones por la otra.⁵

Por el contrario, la vid posibilitó la aparición de lo que podríamos denominar “sectores medios”, integrados por un grupo de pequeños empresarios agrícolas cuyo disciplinamiento social muestra claramente la influencia de la vitivinicultura y sus características más salientes. El quiebre definitivo de este sistema comenzaría a experimentarse a partir de los primeros años de la vida republicana, período en que la vitivinicultura chilena experimentó grandes transformaciones.

Si bien el científico Claudio Gay documentó, hacia fines de la década de 1830, que los procedimientos traídos por los conquistadores españoles para la producción de vino se mantuvieron muy poco alterados hasta las primeras décadas del siglo XIX, la situación comenzó a mudar de aires como resultado directo del proceso de modernización y

expansión de la economía chilena, vinculada a partir de la década de 1840 con la apertura del comercio con las naciones del Atlántico Norte, la exportación de materias primas hacia el mundo industrializado y la incorporación de ingentes capitales ingleses y norteamericanos a partir de la segunda mitad del siglo.

La consolidación de Valparaíso como uno de los puertos más importantes del Pacífico sur, la ampliación de la superficie de hectáreas regadas en la zona central con la construcción de nuevos canales, la llegada de ingenieros y científicos europeos, la creación de los bancos y el surgimiento del crédito, el desarrollo y uso del vapor como energía en el transporte terrestre, llegada de los ferrocarriles, las nuevas maquinarias industriales y el crecimiento urbano, entre muchos otros factores, crearon las condiciones propicias para la diversificación de los negocios y del conjunto de la economía.

⁵ En este sentido, resulta interesante recoger lo expuesto por Del Pozo respecto a las diferencias que mostraba el empresariado chileno de aquel entonces (Del Pozo, 2004, vol.19, n. 2: 12): “La formación de las viñas en Chile, entre mediados del siglo XIX y comienzos del XX, constituyen un caso interesante para los que estudian las características del empresariado latinoamericano, relacionado con las actividades agrícolas. En efecto, los grandes terratenientes, en especial los hacendados, no han tenido una muy buena imagen histórica. A menudo se les ha caracterizado como propietarios más interesados en las ventajas de dominación social que les procuraba la tierra, que en actuar con la máxima eficiencia productiva. (...) El caso chileno parece confirmar estas características, ya que la elite rural basaba su poderío en la propiedad de la tierra y en el uso extensivo de la mano de obra. Este último factor constituía la clave del sistema productivo, en el cual se registraban escasos intentos por mecanizar las faenas, lo que constituye una de las principales diferencias con el camino seguido por la agricultura en países como Estados Unidos, Canadá y Australia en esa misma época. (...) Varios historiadores coinciden, sin embargo, en señalar que desde mediados del siglo XIX hubo un proceso, al menos parcial, de renovación dentro de las prácticas productivas en el campo, con un mayor uso de maquinarias y contratación de técnicos (generalmente europeos) para aumentar la producción y mejorar la calidad de la misma. Esto habría dado lugar a una “modernización de la agricultura”, que motivó la aparición de una agroindustria”.



Imagen nº 6: “Trabajador envasando vino”, 1945. Fuente: *En Viaje* (1945: 53).

De esta manera, se originó un grupo de comerciantes y empresarios mineros, provenientes en su mayoría de grupos de inmigrantes europeos y algunos miembros inquietos de la elite tradicional, que propiciaron un cambio trascendental en la actividad vitivinícola.

Un factor externo que facilitó esta tarea fue la peste de la filoxera que afectó a los viñedos norteamericanos y europeos, que dejó sin ocupación temporal a varios de los mejores especialistas de Europa, los que quedaron disponibles para ser contratados en Chile.

Por otra parte, las casas comerciales comenzaron a importar maquinarias agroindustriales, sistemas de transporte y se abocaron a la construcción de bodegas subterráneas que posibilitasen la mejor conservación del vino. Se embarcaron hacia nuestro país toneles de Francia y Estados Unidos debido a los requerimientos de enólogos y técnicos franceses contratados por las nuevas viñas, sucesos que a su vez incentivaron con posterioridad a la fabricación

nacional de alambiques y filtros en la Calderería Nacional y en la Fundición Las Rosas, así como botellas y otros envases en la Fábrica Nacional de Vidrios.

Respecto a la introducción de nuevos cepajes, principalmente franceses, suele atribuirse dicha iniciativa a Silvestre Ochagavía en torno al año 1851; sin embargo, la verdad del asunto aparece un tanto más compleja en los documentos. Del Pozo ha expuesto, por su parte, que el proceso de incorporación de cepas francesas había comenzado por lo menos diez años antes, entre 1830 y 1850, período en que se habrían introducido alrededor de setenta variedades viníferas, las que fueron alojadas en la Planta Experimental Agraria de Santiago, conocida después como la Quinta Normal de Agricultura (Del Pozo, 1998). En aquel entonces, la Planta estuvo dirigida por el genovés Juan Sada, entre cuyos más destacados colaboradores estuvo el mismo Claudio Gay. También se ha hecho referencia a los sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús de Quilpué, quienes, a comienzos de la década de 1850, habían comenzado la importación y cultivo de nuevas cepas en el valle del Aconcagua (Couyoumdjian, 2006).

Ahora bien, aun cuando el proceso de adaptación de nuevas cepas viníferas haya comenzado antes (en efecto, del Pozo atribuye además a los enólogos Nourrichet y Poutays la introducción de algunas variedades francesas entre 1845 y 1848), es a partir de 1851 el año en que la vitivinicultura chilena comienza a experimentar significativos cambios que la transformarían casi por completo, año en que Silvestre Ochagavía trajo personalmente al país cepajes para vinificación desde Francia también (Briones, 2006).

El año 1877 marca el inicio de las exportaciones vinícolas a Europa, consolidando con ello un largo proceso de casi medio siglo, que había comenzado en la década de 1830 con las primeras importaciones de cepajes aristocráticos europeos. Hacia 1880, la industria vitivinícola se encontraba en pleno auge, en virtud de lo cual vinos chilenos fueron llevados a competir a Europa en las exposiciones de Burdeos en 1882, Liverpool en 1885 y París en

1889, con muy buenos resultados. El vino chileno adquirió otra presencia y la producción aumentó considerablemente, al mismo tiempo que los sistemas de transporte y comercialización se hicieron más eficientes, permitiendo que ya para 1883 existieran alrededor de una decena de viñas chilenas “grandes” que exportaban a Europa, además de varias capitales sudamericanas, como Buenos Aires y Lima.

Otros intentos fructíferos durante el mismo período fueron los emprendidos por los empresarios José Urmeneta en las cercanías de Limache y Maximiano Errázuriz en la hacienda de Panquehue durante la década de 1870. Ambos introdujeron sarmientos de cepas Pinot, Côt (Malbec), Cabernet y Gamet para los tintos, y Semillón, Moscatel y Sauvignon para blancos. La viña Santa Ana, formada por Francisco Undurraga en la Provincia de Talagante, fue plantada aquel mismo año con Pinot y Cabernet, y cepas alemanas, presumiblemente Riesling (Pszczółkowski, 2004).

Otro aspecto a rescatar, respecto del proceso de transformación de la producción vitivinícola nacional, ha sido que la gran variedad de productos agrícolas que se cultivaban en Chile padecían una fuerte depreciación, y de modo similar a lo que ocurría en Francia, las ganancias que se podían obtener mediante el cultivo de la vid experimentaron un importante ciclo expansivo. Como referencia, existen registros que dan cuenta que, en promedio para la década de 1890-1900, las rentas de la viticultura podían superar por diez a las del trigo, principal rubro agrícola en el Chile de la época (Bland, 1818).

Según los registros de la Sociedad Nacional de Agricultura, hacia 1897 existían en Chile 5.031 hectáreas plantadas con vides, bajo decenas de viñas clasificadas como medianas a grandes, con extensiones variables entre las 9 y las 800 hectáreas. La lista de viticultores asociados a la Sociedad Nacional de Agricultura en ese mismo año quedó cerrada en 161 miembros y existe un detalle de la distribución de los campos por cada provincia, desde Freirina por el norte

hasta Laja por el sur, separado por categoría entre cepajes finos (3.604 has) y corrientes (1.426 has). Estos datos nos pueden dar una idea de lo avanzado del estado de la vitivinicultura chilena hacia finales del siglo XIX, lo que hace menos extraña la pretensión de elaborar vinos de mejor clase.



Imagen 7: Viña Los Perales (Ex Viña del Sagrado Corazón de Jesús de Quilpué). Fuente: Gentileza de Viña Los Perales.

En este contexto, resulta de gran importancia el “Tratado de viticultura y vinificación” de 1897, del escritor y agrónomo Manuel Rojas, quien durante los últimos años del siglo XIX realizó una investigación en terreno que le llevó a concluir acerca de la diversidad del vino chileno en producción, que entre sus cepajes contaba, además del Cabernet Sauvignon y Merlot, ya ampliamente difundidos, con cepajes de Blanqueta, Chasselas, Cabernet Franc, Gamet, Listán, Meslier, Pinot Noir y Pinot Blanc, Chardonnay, Riesling, Sauvignon Blanc, Semillón, Aramón, Grappu, Cot, Mansene, Merlot, Pinot Gris, Romana, Syrah, Tintoreras hembra y macho, Tressot y Verdot, por citar algunas.

Llama la atención la gran variedad de cepas presentes en dicho listado y el hecho que muchas de ellas continúen actualmente en producción. Un gran testimonio de ello han sido los redescubrimientos recientes de Carmenere y Fer hace dos décadas atrás, en el Valle del Maipo (Pszczółkowski, 2004), así como de cepas de Cabernet Franc, Petit Verdot y Trousseau, entre otras, que como se demuestra en el tratado de Manuel Rojas, estaban ya presentes en Chile a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

Cabe destacar que, en consideración al patrimonio cultural de la vitivinicultura chilena, a partir de lo que podríamos denominar la segunda Era (considerando como la primera a la vitivinicultura colonial), es preciso subrayar la marca indeleble que dejó la influencia francesa a partir del siglo XIX.

Considerada por la amplia mayoría de especialistas como un valioso aporte a la renovación y modernización de la cultura enológica en Chile, no es menos cierto que imprimió un sello de empuje a la forma en se han producido y comercializado vinos desde entonces, sin desconocer aquella especie de interregno depresivo que experimentó la industria a partir de la posguerra y hasta finales de la década de 1970.

También es cierto que, a diferencia de casos que eventualmente pueden ser más cercanos, como el argentino o uruguayo (Beezley, 2005: 288-297), las bases de la reformulación vitivinícola chilena durante el siglo XIX no obedecieron a la llegada de oleadas masivas de inmigrantes de la Europa mediterránea, que trajeran consigo sus costumbres, idioma, gastronomía, formas de cultivar la vid y de relacionarse con el entorno, etc.

En oposición a la vitivinicultura cuyana, la revolución productiva y patrimonial experimentada en Chile se originó a partir de las grandes fortunas mineras, comerciales y bancarias, en cuyo seno aparece la imagen de una Francia como referente cultural de mucha sofisticación. Este hecho apunta a que la vitivinicultura chilena goza de un sesgo que con frecuencia se muestra como excesivamente oligárquico; una cultura del vino que ha sido construida, a partir del siglo XIX, dirigida desde la cúspide de la pirámide social hacia su extensa base, elemento característico de la idiosincrasia chilena que explica, entre otras cosas, el exiguo nivel de consumo interno que hoy evidencian las cifras, a diferencia de los países vecinos.

Fue esta oligarquía renovada, conformada a partir de la mixtura entre la aristocracia terrateniente tradicional y los nuevos actores

sociales que aparecen durante la segunda mitad del siglo XIX, la responsable de la transformación no sólo de los elementos patrimoniales característicos de la vitivinicultura colonial, como la bodega, el lagar y la tradicional casa de campo sino, además, de la superposición del arquetipo del viñedo francés por sobre el legado tradicional hispánico criollo.

Paradójicamente, con una tradición quebrada entre lo hispánico heredado de la Colonia y la influencia francesa a partir de los inicios de la vida republicana, buena parte del vino chileno ha sido sistemáticamente diseñado para gustar entre las clases medias del mundo, habiéndose hecho conocido por su relación entre precio y calidad antes que por su tradición centenaria, arraigada profundamente en la identidad de su gente, del paisaje y del patrimonio material tanto como inmaterial de la nación.

Este hecho plausible nos enfrenta no sólo a la pregunta por el origen de nuestra vitivinicultura, sino además a cuestionarnos sobre cuál es su sentido histórico, recuperando aquella tradición centenaria que quedó en gran medida sumergida por las nuevas formas adquiridas a partir de 1850 y que cada cierto tiempo nos recuerda de su presencia “porfiada” en algunas provincias como el secano del Maule, los valles transversales del Norte Chico o la Araucanía costera.

Nuevas representaciones que, si bien reportaron grandes beneficios en materia económica bajo su propuesta modernizadora y desarrollista, en el futuro cercano amenazan por opacar el patrimonio local diseminado en el mosaico casi inabarcable de pequeños poblados y aldeas que por siglos habían vivido a la sombra de los parronales de uva País y Moscatel.

Un escenario en que el sujeto histórico que emerge no es el del próspero viticultor con exclusividad, sino que incluye al campesino común para el que una copa de vino le resulta tan natural como el agua. Básicamente, porque el vino ha estado siempre presente en su entorno, entre sus lugares comunes en un

paisaje que aún en nuestros tiempos es capaz de dar cuenta del enorme patrimonio cultural que la vitivinicultura ha legado a la identidad chilena.

Aspectos simbólicos que rodean a la vitivinicultura chilena.

Un símbolo es una representación de una idea, identificable por el conjunto de la sociedad o bien por una parte de ella, en virtud de ciertas convenciones socialmente aceptadas. A diferencia de un signo, este no posee necesariamente correspondencia ni proximidad entre significante y significado, vale decir, entre el contexto en el que se expresa y lo que se entiende de él. No está atado a una época en particular ni a un espacio delimitado. No tiene tiempo ni lugar definido, puesto que es una convención que vive en el mundo de las ideas, en el ámbito del pensamiento colectivo. Los símbolos son obras con significado propio (Lotman, 1979).



Imagen n° 8: Cosecha de vid en Viña Macul, Santiago, hacia 1889. Fuente: *The Illustrated London News* 1842: 440

Su nombre proviene del latín *symbolum* y antes, del griego σύμβολον, palabra que desde los tiempos de la filosofía clásica ha sido utilizada como una forma de comunicar ideas, generalmente abstractas, siendo validado en el campo de los estudios sociales como el medio de expresión al que se atribuye un significado convencional y en cuya génesis se encuentra la semejanza, real o imaginada, con lo significado.

Para el caso de la simbología que rodea a la vitivinicultura chilena, las imágenes y conceptos

con que se asocia a este patrimonio cultural varían según el ámbito de significación desde donde se posiciona el observador. No obstante ello, existe un amplio espectro en que las redes de significación con que históricamente ha sido asociada esta práctica obedecen a una larga serie de convenciones socialmente aceptadas, las que en ocasiones se resisten a las nuevas intenciones de la propia industria, que ha realizado esfuerzos significativos durante los últimos años por mejorar la imagen general que se tiene del vino chileno, tanto en el mercado interno como en el extranjero.

En términos generales, la respuesta a la interrogante respecto a la relación entre el consumo de vino y la pertenencia social a una clase determinada, va evidenciado variaciones no sólo en el campo de las redes de significación conceptual en torno al desarrollo histórico de la actividad, sino que, además, da cuenta de la evolución de la significación misma que los distintos grupos sociales le otorgan, dependiendo de su posición social.

En el campo de las consideraciones históricas, entre las que expresan mayor prevalescencia entre los chilenos, están las que dicen relación con conceptos tales como “tradición”, “antigüedad”, “sentido aristocrático” y “orgullo”, en torno a una especie de imagen europeizada que se proyecta hacia el exterior. Asimismo, la identificación generalizada con el paisaje –valles frondosos, montañas, cielos lípidos y luminosos, quietud y belleza escénica- y la fiesta, celebración y ritualidad, son otros elementos que dan cuenta de lo incorporado que está en el conjunto de imágenes con que se caracteriza habitualmente al mundo rural.

No obstante, conceptos como “calidad”, “salud” y “originalidad”, entre otros, aparecen recientemente en la conciencia de la población producto de las transformaciones experimentadas por la industria en las últimas décadas. Gracias a nuevas experiencias con que hoy se asocia al vino, han aparecido entre los consumidores novedosas valoraciones en torno a un “cambio social” en el consumo y una especie de “democratización del placer”.

Consideraciones que se ven refrendadas no sólo por la evolución estadística de la demanda interna en términos cuantitativos, sino además por otros de carácter cualitativo tales como la “elegancia”, “gusto adquirido” o “estatus”, percepciones que sin duda han alejado al vino de las antiguas asociaciones que solían caberle como una bebida “mediocre”, “vulgar” y responsable de buena parte del alcoholismo de la clase trabajadora hacia finales del siglo XIX y principios del XX.

Hoy en día, en cambio, las apreciaciones generales que se tienen del vino lo vinculan con actividades como la gastronomía, la hotelería y el turismo, toda vez que vemos cómo la evolución de la vitivinicultura chilena ha ido diversificando sus campos de significación e incorporado nuevos elementos simbólicos a la imagen que se busca proyectar a través de la publicidad.

Nuevas ideas que hoy aparecen con naturalidad entre un número cada vez mayor de chilenos y que, paulatinamente, han agregado nociones técnicas que van permeabilizando desde la disciplina enológica hacia la sociedad no especializada, en gran medida gracias a la iniciativa de las viñas que se han atrevido a invertir en programas de capacitación dirigida hacia sus canales habituales de comercialización (como hoteles, restaurantes y supermercados).

Actividad donde aparece con fuerza la figura del sommelier como puente necesario entre el mundo académico y tecnológico, y el consumidor neófito, comunicando concepciones como “adaptabilidad”, “variedad”, “terruño”, “ensamblaje”, “regularidad” y muchos otros, sin dejar de considerar los que resultan de la propio análisis sensorial, tales como: “cuerpo”, “persistencia”, “retrogusto”, “guarda” y todos aquellos adjetivos calificativos que son utilizados convencionalmente para describir un vino.

En el ámbito más estrictamente comercial, han ido instaurándose sintagmas como “relación precio-calidad”, “marca-país”, “negocio rentable” y “posicionamiento internacional”, así como se han incorporado sustantivos

extranjeros como el de “cluster” para definir las intenciones de la industria.

Conceptos como “potencialidad”, “diferenciación”, “sustentabilidad”, “optimización” e “innovación” ya han comenzado a hacerse habituales en el mundo del periodismo especializado y de la investigación académica, donde recientemente se han sumado aportes de la *agronomía antroposófica* como “vitivinicultura orgánica” y “biodinamismo” y del mundo de la ecología como “vitivinicultura verde” y “vinos sin huella de carbono”.

Aspiraciones de una industria que no cesa en sus intenciones de modernizarse y posicionarse como un actor relevante en el mercado internacional, dejando atrás las viejas consideraciones como “vino bueno pero barato” o “vino exótico y sobreabundante” como solía describirse al vino chileno hasta hace no mucho, asociado casi con exclusividad con el Cabernet Sauvignon o con los vinos corrientes hechos a partir de cepas vulgares de muy baja reputación, y vendidos a granel como mosto concentrado o en envases *tetrapack*.⁶

Otro elemento interesante que merece ser destacado aquí, es la revaloración simbólica que se ha visto en años recientes por los vestigios de la vitivinicultura colonial, que de alguna forma u otra sobrevivieron al paso del tiempo, al afrancesamiento de la industria durante el siglo XIX y parte del XX, y a las dificultades propias de una actividad que se vio sumida en

⁶ En este ámbito, Rodrigo Alvarado, ha sostenido: “Contrariamente a lo que se cree, en Chile el consumo de vino era escaso pues dada la inestabilidad propia del producto, la mayor parte de lo que se obtenía se destilaba para producir aguardientes, fácil de transportar y también chicha cocida, ambas bebidas estables, comparadas con el vino. La situación cambió recién cuando se introdujo y desarrolló el uso del ferrocarril a partir del último tercio del siglo XIX, y con ello fue posible transportar vino con la fluidez necesaria para evitar su deterioro. Los siguientes antecedentes permiten formarse una imagen de lo que entonces ocurría. A mediados del siglo XIX existían en Chile aproximadamente 30.000 ha. de viñedos” (Alvarado, 2006: s/n).

una profunda depresión económica durante buena parte del siglo pasado.

El amplio rescate patrimonial que muchas viñas han emprendido con fines turísticos y algunos (pocos) de carácter filantrópico, en un puñado de pueblos y aldeas vitivinícolas del Valle Central, han dado muestras inequívocas de una nueva intencionalidad hacia las formas tradicionalmente criollas que aun existen en lugares como El Monte, Cauquenes, Linares o el Valle del Limarí, zonas en que es posible conectarse no con la vitivinicultura francesa incorporada y adaptada desde el siglo antes pasado, sino que con aquella heredada desde tiempos hispánicos.

Un nuevo campo de investigación que ha sido abierto por historiadores que tradicionalmente se han dedicado a los estudios coloniales en el marco de la historia económica y la historia cultural, incorporando nuevos métodos epistemológicos provenientes de disciplinas como la semiología, la antropología social y la arqueología.

Conclusiones

Respecto a la primera parte de este artículo concluimos que el vino ha tenido una marcada influencia de la vitivinicultura en el desarrollo histórico del patrimonio e identidad cultural, importancia que no sólo le cabría estrictamente en el campo agrícola o bien en torno a las características del mundo rural, sino que habría trascendido hacia otras esferas que componen el sistema social.

En este sentido, hacia finales del período colonial el desarrollo de la vitivinicultura había marcado notables diferencias entre la sociedad chilena y el resto de las sociedades hispanoamericanas, principalmente en torno a la temprana aparición del pequeño propietario. Adicionalmente, cabe señalar que el vino generó, en el transcurso del siglo XVIII, una incipiente industria local, compuesta por artesanos, herreros, vidrieros, carpinteros, pulperos y toneleros, más diversos oficios que en el rubro vitivinícola podían ir desde el podador hasta el viticultor especializado, además de los arrieros de Los Andes en el transporte de dichas mercancías.

Dado lo anteriormente expuesto, resulta ser congruente el hecho que la imagen de la viña es el símbolo de la prosperidad agrícola por antonomasia en la cultura chilena, un símbolo asociado desde los primeros tiempos coloniales a una efigie señorial, la que ha transitado prácticamente toda nuestra historia, tanto como un componente característico del prestigio aristocrático, como también un propósito muy difundido entre los medianos propietarios del Valle Central como símbolo de mayor estatus.

No obstante lo anterior, hacia mediados del siglo XVIII el cultivo de la vid permitió la aparición de pequeños empresarios agrícolas, cuyo disciplinamiento social muestra claramente la influencia de la vitivinicultura y sus características antes descritas.

El quiebre definitivo de este sistema comenzaría a experimentarse a partir de los primeros años de la vida republicana, período

en que la vitivinicultura chilena comenzaría a experimentar grandes transformaciones, siendo objeto de una verdadera revolución modernizadora, hacia mediados del siglo XIX, de inspiración básicamente francesa.

No obstante, resulta interesante desde un punto de vista sociológico el hecho que, con una tradición quebrada entre lo hispánico heredado de la Colonia y la influencia francesa a partir de los inicios de la vida republicana, buena parte del vino chileno ha sido sistemáticamente diseñado para gustar entre las clases medias del mundo, habiéndose hecho conocido por su relación entre precio y calidad antes que por su tradición centenaria, arraigada profundamente en la identidad de su gente, del paisaje y del patrimonio material tanto como inmaterial de la nación.

Este hecho nos dirige a la pregunta por el origen de nuestra vitivinicultura, cuyas nuevas representaciones, si bien han reportado grandes beneficios en materia económica, bajo su propuesta modernizadora y desarrollista, en el futuro cercano amenazan por opacar el patrimonio histórico del vino en Chile.

En la segunda parte, fueron abordados los principales aspectos simbólicos que rodean a la vitivinicultura chilena. Según lo expuesto anteriormente, creemos que la respuesta a dicho interrogante ha evidenciado variaciones no sólo en el campo de las redes de significación conceptual en torno al desarrollo histórico de la actividad, sino que, además, da cuenta de la evolución de la significación misma que los distintos grupos sociales le han otorgado a la actividad, dependiendo de su posición social.

Asimismo, las apreciaciones generales que se tienen del vino lo vinculan, en la actualidad y cada vez con más fuerza, con actividades como la gastronomía, la hotelería y el turismo, toda vez que vemos cómo la evolución de la vitivinicultura chilena ha ido diversificando sus campos de significación e incorporado nuevos elementos simbólicos a la imagen que se busca proyectar a través de la publicidad.

Nuevas ideas que hoy aparecen con naturalidad entre un número cada vez mayor de chilenos y que, paulatinamente, han agregado nociones técnicas que van permeabilizando desde la disciplina enológica hacia la sociedad no especializada. En el ámbito más estrictamente comercial, han ido instaurándose diversos sintagmas, útiles para las intenciones de una industria en permanente cambio, que no cesa en sus intenciones de modernizarse y posicionarse como un actor relevante en el mercado internacional, dejando atrás las viejas consideraciones como “vino bueno pero barato”.

Otro elemento interesante es la revaloración simbólica que se ha visto, en años recientes, por la vitivinicultura colonial o ancestral, contexto donde el rescate patrimonial que muchas viñas han emprendido con fines turísticos, así como algunos de carácter filantrópico, han dado muestras inequívocas de una nueva intencionalidad hacia las formas tradicionalmente criollas que aún existen en provincias tradicionales del vino. Un hecho bastante notable que ha abierto un nuevo campo de investigación para las ciencias sociales.

Bibliografía.

- Alvarado, Rodrigo *El vino en la historia de Chile y el mundo*. Santiago, Origo Ediciones, 2006.
- Beezley, William “La senda del Malbec: la cepa emblemática de Argentina”. *Revista Universum* N° 20 Vol.2 (Talca, 2005): 288-297
- Bland, Teodorico. *Descripción Económica i Política de Chile en el año de 1818* (sic), traducida por Domingo Amunátegui Solar. Santiago, Establecimientos Gráficos de Balcells & Co, 1926.
- Briones, Félix. “Los inmigrantes franceses y la viticultura en Chile: El caso de René F. Le Feuvre.” *Universum* N° 21 Vol.2 (Talca, 2006): 126-136.
- Couyoumdjian, Ricardo. “Vinos en Chile desde la Independencia hasta el fin de la Belle Epoque”. *Historia*, Instituto de Historia Pontificia Universidad Católica de Chile N° 39, vol. I (Santiago de Chile, 2006): 23-64.
- Del Pozo, José. *Historia del vino chileno*. Santiago, Editorial Universitaria, 2014.
- Del Pozo, José. “Los empresarios del vino en Chile y su aporte a la transformación de la agricultura, de 1870 a 1930”. *Revista Universum* N° 19 Vol. 2 (Talca, 2004): 12 - 27.
- Elías, Vicente. “El paisaje del viñedo: su papel en el enoturismo”. *RIVAR*, Vol 1, N° 3 (Santiago de Chile, septiembre 2014): 12-29 [En línea] ISSN 0719-4994, Edición Digital. (Consultado el 19/11/2014)
- Godoy, Ignacio. “Heritage marketing y el desafío de aprovechar las virtudes de un buen manejo del patrimonio en la industria vitivinícola chilena”. *RIVAR*, Vol 1, N° 3 (Santiago de Chile, septiembre de 2014): 1-11 ISSN 0719-4994 [En línea] Edición Digital. (Consultado el 19/11/2014)
- Góngora, M. *Orígenes de los inquilinos de Chile Central*. Santiago, Ed. Nuñoohue [1960], 1972.
- Lacoste, Pablo. “El vino y la nueva identidad de Chile”. *Revista Universum* N° 20 Vol.2: 2433, 2007.
- Lotman, Jurij. *Semiótica de la cultura*. Ed. Cátedra, Madrid, 1979.
- Pszczółkowski, Philippo. “La invención del cv. Carménère (vitis vinifera L.) en Chile, desde la mirada de uno de sus actores”, *Universum* N° 19, Vol. 2 (Talca, 2004)
- Rojas, Manuel. *Tratado de Viticultura y Vinificación*. Santiago, Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1892 (Segunda edición). La primera edición de esta obra parece ser la de Talca, 1891.

Imágenes

- Museo Histórico Nacional. *La cultura del vino en Chile*. Colección: Museo Histórico Nacional. Santiago, Viñas de Chile, 2003.
- Empresa de los Ferrocarriles del Estado “Nuestra producción de vinos y de chichas”. *En Viaje*, Santiago, N° 138 (Santiago, abril 1945): 53.
- *The Illustrated London News* 1842, N° 2633, (London, 5 oct. 1889): 440.

Artículo publicado en la “Revista Iberoamericana de Viticultura, Agroindustria y Ruralidad (RIVAR)”.
N° IV. ISSN 0719-4994. Enero 2015.

RIVAR es una revista electrónica, editada por el Instituto de Estudios Avanzados (IDEA) de la Universidad de Santiago de Chile. Se incluyen artículos de distintas disciplinas: Economía, Historia, Arquitectura, Sociología, Geografía, Antropología, Arqueología, Historia del Arte, Etnobotánica y Etnozootecnia entre otras. Publica artículos y reseñas de libros sobre vitivinicultura, agricultura, agroindustria, gastronomía, culturas alimentarias, paisajes rurales y agroindustriales. A partir de la producción de vinos y alimentos, se incluyen también las redes comerciales, negocios y flujos internacionales, juntamente con las representaciones artísticas y culturales del vino y los alimentos.